

capaz de cuidarlo. Habiendo ya aquí maravillas tales como las que Pablo Neruda cediera, esta decidía a compartirlas exhibiéndolas públicamente por vez un *harakiri* en cámara lenta. Pero tenaz y porfiadamente anclado en las telarañas nacionales.

La situación de aquellos tesoros era, por entonces, la siguiente: mandar llamar a Sanhueza —iban a buscarlo como quien se adentra al Amazonas, y regresaban trayéndolo todo encasillado, aun polvorientoso de incunábiles, tarareando sus infinitas rimas de catálogos al revés. El nos invitaba a ser un rato un poco el Docto tras su Virgilio; y desaparecíamos por una puerta también.

Después cruzábamos, en vez de círculos, rectángulos de infierno recto y correcto: la maraña de la biblioteca hecha de repeticiones y ecos de la forma del libro mismo; hasta que por fin se llegaba a un corredor con dos puertas que daban a dos piezas.

Allí, en esos parvos metros se habían apretujado los libros fabulosos.

Abajo, en unas cajas un tanto viles, kilos de trofeos del mar. Sanhueza rogaba aquello como vino final. Lo genial de su diligencia era que si uno le pedía, digamos, un Tratado de Luca Pacioli, él nos alargaba un Julio Verne... Como en un mitológico trance nos era necesario descifrar su jeroglífico mental; suavemente destararlo el nudo gordiano. Aunque jamás logró Sanhueza darme la convicción de su parentesco con esfinges o con elfos, algo de todo eso le romba la sonrisa, la mueca medio gato Cheshire y medio Buda. ¡Qué bien que hubiera cumplido él con cualquier cargo de suma confianza: arcas reales, harenas chinos, Curia o FBI!

Sanhueza ya no llega a la llamada. Ninguna puerta se abre para fiar su balbuceo de duende sabio y marrullero. Y yo no he querido siquiera molestar esos disteles que él esmeraba. Supongo que su reino de papel y de calcio marino se habrá sellado como las valvas de una de esas madreporas que aprendí a entreabrir bajo su permiso, y que un silencio aterrador de mastaba faraónica se ha desplomado aplastando las cajas y pegando los labios de aquella muchedumbre de libros.

Una mano de Quevedo gotica cogida por el alud de olvidos.

*Luís Vargas Savaterra.
Santiago.*

Para Neruda y por Sanhueza

Pablo Neruda comenta en un artículo aparecido en *ERCILLA* 1.770 su decisión de donar caracoles y libros suyos a la Universidad de Chile. Cuando pude visitarla, hace algunos años, la misma inquietud suya, casi angustia, me caía encima; en tanto que Jorge Sanhueza, el pequeño vigilante de esa apretada grandezza, me mostraba sendales de murex...

Lástima. Pena que este país no sea

Pablo Neruda y por Sanhueza [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pablo Neruda y por Sanhueza [artículo] Luis Vargas Saavedra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile